



DON DANIEL RAMON DE ARRESE.

RECUERDOS DE SU VIDA.

I.

La cruel é insidiosa dolencia que minaba hace tiempo el organismo de Daniel Arrese, ha concluido con la vida de aquel alabés inolvidable, de aquel hijo ilustre de Vitoria, honra de la brillante generación que aquí trabajó durante cuarenta años por nuestro adelanto, por nuestra cultura, por el progreso de la provincia y por sus envidiados y perdidos fueros.

Al tener noticia de su muerte han sentido profundo duelo en sus almas cuantos viven identificados con el Vitoria de nuestros tiempos, los que recuerdan el apogeo pacífico de su prensa periódica, la era de venturosa calma en que la ciudad se desarrolló, los días en que el Ateneo, el Instituto y la Universidad, hicieron de la capital de Alaba el centro de cultura del Norte de España. Cómo la he sentido y la lamento yo, aunque ya tenía prevista tal desgracia, desde que le di en su casa de Sevilla el último abrazo, no hay para qué ponderarlo. El fué mi maestro, mi único maestro en la literatura y en el periodismo y yo fuí durante muchos años su amigo mas íntimo.

Aun conservo como una reliquia, en mi álbum grande que dibujé

y escribí á los dieciseis años, las páginas corregidas por él, de una ligera novelilla histórica: *Los Comuneros alabeses*, y aun guardo sus paternales cartas, llenas de hermosos consejos, que me dirigía á Valladolid cuando yo estudiaba. Porque tanto le quise y porque siempre será para mí tan cara su memoria, cumpliré con honda pena, pero afanoso, el deber de tributarle un recuerdo en la prensa bascongada, como él me encargó que la cumpliera, en días tambien muy tristes, respecto á Obdulio de Perea y á Sotero Manteli, cuando la muerte les apartó para siempre de nuestra fraternal compañía.

De hombres tan dignos, tan cultos, tan desinteresados y tan modestos, de vitorianos tan ejemplares, obreros de la inteligencia que nos honraron tanto, bien se puede escribir, á gusto del corazon, en la seguridad de identificarse con el deseo y con el sentimiento de la mayor parte de nuestros paisanos. Lo tristísimo es, que llegue la ocasion de hacerlo, y que con el ánimo suspenso por el dolor, contemplando el aislamiento en que quedamos, haya que repetir lo que me dice hoy D. Félix de Eseverri en cariñosa carta: «¡Cómo se van los amigos é hijos queridos de este pueblo!»

II.

Don Daniel Ramon de Arrese, muerto de Catedrático de Arabe de la Universidad de Sevilla, hubiera sido uno de los profesores más eminentes de la Universidad Central, á no haberse aferrado, con lamentable modestia é invencible resistencia, á la vida de Vitoria. Nada hubo para él, durante la mayor parte de su existencia, más que Vitoria: aquí concentró todas sus aspiraciones, toda su actividad y todos sus cariños; mal grandísimo que a muchos hombres de valer arrinconara y anula miserablemente. Hubiera brillado en la primera de las Universidades, porque nadie se atreverá á negar, habiéndole conocido, que en la juventud alabesa de 1860 á 1880, ningun talento hubo aquí tan firme y profundo como el suyo; ninguna inteligencia más pronta y clara para el estudio y la comprension; ningun carácter más severo y formal para las tareas de la enseñanza, ni ningun espíritu mejor cultivado que el suyo en la literatura. Evidente muestra de ello fué el alarde victorioso que hizo cuando, ya convertido en padre de familia,

tuvo necesidad de buscar una posición en el mundo de la enseñanza. Era ya veterano cuando vacó la cátedra de Árabe de la Universidad sevillana; apenas sabía árabe ó lo había olvidado, y, sin embargo, abrió sus libros como un estudiante de veinte años, y con aquella poderosa fuerza de su despejo intelectual, dominó la asignatura en breve tiempo, trabajó con su firmísima voluntad bien probada y peleó y triunfó.

¿Qué hubiera logrado Arrese si, en plena juventud, excitado por la ambición académica ó profesional, que no sintió nunca, se hubiera decidido á conquistar en la facultad de Filosofía y Letras una cátedra cualquiera? No lo entendió él así, en medio de su pacífica vida vitoriana. Escritor, periodista, catedrático interino, Arrese fué siempre un chico, hasta que, muy avanzado en años, se casó, en mi calle Chiquita por cierto, con la distinguida señorita doña Simona Fernandez de Gamboa. Un chico fué en su vida familiar solitaria, en su trato sencillo, en sus aficiones, en la modestia de su atavío y en la bondad de su corazón. Con sus reducidas rentas vivía en la calle del Prado, sin preocuparse del porvenir, dedicado exclusivamente al cariño de su madre, á la amistad y á la literatura; siempre dispuesto á tomar parte en cuantos propósitos tendieran al bien de Vitoria; siempre, como un caballero de otros tiempos, dispuesto á reñir batallas en defensa de los oprimidos contra los tiranuelos del vecindario. Así se malograron muchos años para aquella privilegiada inteligencia en la reducida esfera de la vida de su pueblo natal, por el que tanto hizo como periodista y como Catedrático. Por esto mismo Arrese apenas fué conocido fuera de Vitoria, pero Vitoria le debe perpétuo reconocimiento.

III.

Quisieron los padres de Arrese dedicarle á la carrera eclesiástica, concibiendo en ello grandes esperanzas: porque, cuando á los doce años, estudiaba latín, presentaba tan felices disposiciones para la oratoria, que veían en él un futuro eminente predicador. ¡Cuántas veces nos recordó despues, aquellos sermones, que, á puerta cerrada, predicó de niño desde el púlpito de la iglesia de Arechavaleta, ante su familia y sus amigos admirados! Su paso por el Instituto, brillante en notas y satisfacciones, inclinó su vocación al profesorado, y una vez

terminada la licenciatura en Filosofía y Letras en Valladolid y Madrid, fué nombrado auxiliar de nuestro centro Vitoriano de segunda enseñanza, en 1857. Durante sus cursos de estudiante se dedicó con verdadera inspiracion á la poesía lírica y cantó las glorias de D. Nicolás de Azaza; pero sus estudios sérios le llevaron á escribir en prosa, en la que siempre se distinguió, como puede verse en sus trabajos, por la correccion severa de la frase, por la sobriedad de los conceptos y por la profundidad del pensamiento. Con la pléyade de animosos jóvenes literatos que entonces se reunieron en Vitoria, con Plácido Santa Cruz, con el famoso Lorenzo Campano, con Perea, con Eseverri y otros fundó el periódico *El Alabés*, publicando en él curiosos trabajos sobre el progreso de la ciudad de Vitoria y la provincia. El Parnasillo de la literatura alabesa se reunia entónces en la sombrerería de Paez, de cuyo despacho estaba Campano encargado. Aquella tienda, con su inolvidable rótulo de figuras esculpidas, ocupaba el ángulo que forman la Plaza de Bilbao y la subida al Teatro, al lado de las afamadas confiterías de Serafin y de Orbe y frente á los establecimientos de Amárica, Herrero (el Tieso), Arce y la casa que ocupaba nuestro maestro de dibujo y de arquitectura en la Academia de Bellas Artes, D. Pantaleon de Iradier. Muy notable fué aquella tertulia literaria hace treinta y cinco años. Más adelante, un alabés adoptivo, el autor del libro *Los Bascongados*, D. Miguel Rodríguez Ferrer, fundó *El Porvenir Alabés*, en cuya redaccion entró Arrese, consiguiendo muy pronto ser su director. En este periódico continuó sus campañas en pró de los intereses de la provincia, sin otro estímulo, ni remuneracion, que su amor á la misma. Por aquel tiempo, desde 1860 á 1864, fuimos sus discípulos muchos de los que hoy lamentamos su muerte. Arrese explicaba la asignatura de Geografía é Historia en el Instituto, con la sencillez, maestría y entusiasmo de su saber y de su juventud. Era profesor á la moderna, que no se imponía por el terror sino por el afecto, que enseñaba sin esfuerzo, ni suyo, ni nuestro, y que se conquistaba todas las simpatías de los escolares. Desde el puesto de alumno de su cátedra pasé á ser su compañero de redaccion en *El Porvenir Alabés*. Ya para entónces habia corregido mis correspondencias á *El Euskalduna*, de Bilbao, y las primeras descripciones que publiqué, que fueron la de la Catedral de Vitoria y la del palacio de Monte-hermoso ó Episcopal, con motivo de la creacion de la diócesis en 1862. La vida de *El Porvenir Alabés*, fué pacífica y próspera. Durante algunos años la redac-

cion, constituida en la tienda de la imprenta de Cipriano Guinea, en la calle del Prado, ofreció siempre el mismo cuadro; Arrese, hilvanando despacio, con su letra grande y torcida, los artículos de fondo y los sueltos de polémica; yo, emborronando á escape cuartillas descriptivas de fiestas, de excursiones, de costumbres y de recuerdos del país; Guinea, con su típica calma, recogiendo lo escrito, trayendo pruebas, dándonos noticias y celebrando con grandes carcajadas nuestras discusiones, en tanto que la suegra del editor, calados los anteojos, y haciendo media, oía y callaba, moviéndose sólo para despachar á los que entraban por un pliego, un lapicero, unas facturas ó un Catecismo. Obdulio de perea, al pasar por su casa, entraba á vernos, y con la interminable facundia y gracejo de su palabra, nos refería el último sucedido del ayuntamiento, del mercado ó del Gabinete de lectura ó nos leía alguna oda ó epigramático romance que acababa de componer. Arrese quedó sólo de director y redactor cuando yo marché á estudiar á Valladolid en 1863, desde donde continué enviándole constante colaboracion. En 1864 el inolvidable é ilustre publicista, jurisconsulto y Diputado foral de Alaba D. Ramon Ortiz de Zárate, que como todos los hombres eminentes del país bascongado, conocía, y estimaba en mucho el valer de Arrese, le encomendó las *Biografías de D. Prudencio María de Verástegui* y de *D. Miguel Ricardo de Alaba*, con motivo de la creacion de sus estatuas en la fachada del palacio de la Provincia; cuyo trabajo literario histórico redactó magistralmente, valiéndole el nombramiento de Académico corresponsal de la de Nobles Artes de San Fernando, que no aceptó, como no quiso jamás aceptar ninguna otra recompensa ni cargo público. Después que desapareció el *Porvenir Alabés*, en 1867, formó parte de la batalladora colaboracion de *El Fuerista*, sosteniendo con su típica rectitud, los principios de la pureza foral, contra toda otra clase de innovaciones peligrosas. Fundado el brillantísimo Ateneo de Vitoria en 1866, por los señores D. Cristóbal Vidal, D. Antonio Pombo y D. Eduardo Orodea, catedráticos de nuestro Instituto, y más que compañeros, hermanos en el culto á las letras y á las ciencias, idólatras de Daniel Arrese, tuviéronle siempre por discreto consejero en tal empresa, y aunque este por su afeccion crónica de la garganta, nunca se decidió á tomar parte en las conferencias, fué el más asiduo asistente á las sesiones y el instigador más entusiasta de la juventud para que tomára parte en las tareas de la Sociedad. Más adelante, en 1870, pagó su óbolo, escribiendo la *Reseña*

histórica del Ateneo científico, literario y artístico de Vitoria, trabajo detenido y curioso por todo extremo, que es el reflejo exacto de la potente vida que alcanzó este centro de cultura. Al llegar la revolución de 1868, constituida la «Asociación liberal Vitoriana» la mayoría de la juventud formó un nutrido grupo en las filas republicanas, celebrando animadas sesiones en el salón de las Cercas, donde habíamos constituido el *Círculo filarmónico* y publicando el notable periódico titulado el Norte de España en el que Arrese trabajó con gran constancia y decisión. Entonces estaba en su apogeo el *Círculo filarmónico*, la sociedad de recreo más admirable que Vitoria ha conocido en esta última mitad del siglo, y en la que nuestra juventud lució sus méritos artísticos, de actores y de autores, de poesía y de música. Arrese fué su presidente y allí llevó con sus simpatías á los contemporáneos veteranos, y á los vitorianos típicos de la alegría á Palacios, á Macetas, á Arcaute, á Botaz, á Mateo y á Herrero, y á la gente nueva, á los que habían sido sus discípulos. En aquellos días famosos de 1869, Obdulio de Perea escribía su comedia, representada con grande éxito: «*En el matrimonio..... amor*;» el gran poeta, coronel Justiniano, escribía también y nos leía su hermoso poema *Hernán Cortés*; Ortiz de Zárate agitaba su pluma de polemista en *La Unión Vasco-Nabarra* y yo redactaba y dibujaba mi pobre *Mentiron*. En representación de los republicanos alabeses asistimos al Pacto federal de Eibar, de 23 de Junio de 1869, con los bizcainos, guipuzcoanos y nabarros, publicando un manifiesto á todos los españoles, bajo la base de la aplicación del sistema foral á toda España, de cuya política no nos hemos arrepentido nunca la mayoría de los firmantes, Daniel Arrese, Juan Roca, Hilario Martínez, Pedro de la Hidalga, J.B. de la Cuesta, C. Letamendi y A. de Sagarmínaga.

Al morir Obdulio de Perea á fines de 1870, Arrese, que tuvo siempre con él cordialísimo trato, se encargó de publicar sus *Poesías póstumas*, escribiendo al frente del tomo, una admirable biografía del inspirado poeta alabés prematuramente perdido para el bien de Alaba, porque fué asimismo hombre de gran capacidad y rectitud en la administración y gobierno. Yo le había sucedido en el cargo de corresponsal del famoso diario bilbaino *Irurak-bat*, y allí publiqué su necrología.

El trabajo biográfico de Arrese es una joya de afecto y de buen decir. Publicábase entonces en gran tamaño como revista, *El Ateneo*, donde Arrese dió á luz la *Reseña histórica*, y entonces se constituyó la

redaccion en la imprenta de Manteli, allá en la Cuchillería, en la antiquísima casa de esta familia y de San Antonio; frente al artístico palacio de Bendaña. En aquel local, debajo de la muralla del Campillo, entre las huertas, reuníanse intelectualmente con nosotros: Roure, el inolvidable primer presidente del Ateneo, Orodea, Eseverri, Julián Apraiz y Fermin Herran, muy mozos entónces, pero muy entusiastas de la literatura, Cristóbal Vidal, Pombo, D. Juan Herrero, D. Lino y D. Ladislao de Velasco, Legórburu, Escalada, Alvarez Taladriz, el Duque de San Fernando y Xérica.

Creada la universidad de Vitoria, Arrese ocupó en ella en Septiembre de 1870 el puesto de Catedrático: de Hebreo é Historia de España; y recibió tambien el grado de Doctor en la facultad de Filosofía y Letras en 19 de Marzo del siguiente. Escribió para aquel solemne acto un profundo estudio filosófico titulado: *¿Es el progreso la ley fundamental de la historia?* tan bien pensado como correctamente escrito. Le apadrinó y elogió, como justamente merecia, su discipulo el doctor y catedrático Julian Apraiz, uno de los sostenedores y representantes más genuino de la cultura alabesa, entonces y siempre; y asistieron á la ceremonia, en nombre de la ciudad, su alcalde el señor García Fresca, y en el de la provincia y de la Universidad y del espíritu foral, el inmortal D. Mateo Benigno de Moraza. Yo, que no pude concurrir á ella, porque mi cargo de Catedrático me retenia en Palencia, le envié cariñosa epístola poética, que publicó *El País Vasco-Nabarro* y que reprodujeron otros periódicos. En la Universidad Vitoriana lució Arrese sus grandes dotes de Catedrático, sin que en nada discreparan sus méritos de los del escogido profesorado que habia venido á formar su claustro. Vitoria, con su nuevo centro de enseñanza, llegó á los dias más hermosos de la historia de su cultura, y en aquellos momentos felices de la efimera vida de la Universidad Vitoriana recibieron sus títulos de Licenciados en Derecho, jóvenes tan distinguidos como los Vivancos, Gabriel Echánove, Vidal Guinea Ramon Alverico, Julian Apraiz Urizar, Eduardo Madariaga y el inolvidable último Diputado foral D. Domingo M. de Aragon; y en la facultad de Filosofía y Letras, otros, como Marcial Martinez, Sebastian Abreu y Nicasio Lacalle. La maldita guerra civil, con sus miserias, apagó aquel foco de luz y de progreso y detuvo todo el movimiento de la ilustracion bascongada.

IV

Casi al terminar el triste periodo de la lucha, cuando se cernía en el horizonte político el complot de la venganza, que habia de acabar con nuestras instituciones forales, otro Arrese, D. Julian, hermano de Daniel, publicaba un hermosísimo libro, que sintetizaba el deseo ferviente que todos los bascongados demócratas hemos abrigado siempre, segun lo consignamos en nuestro manifiesto de Eibar de 1869. Aquel libro, constituye con el que escribió el insigne y malogrado Joaquin Jamar titulado, *Lo que es el fuero y lo que se deriva del fuero*, la pareja de joyas más valiosas que se han publicado respecto á nuestras viejas y sacrosantas leyes. Titúlase la obra de D. Julian Arrese: *Descentralizacion universal ó el Fuero bascongado, aplicado á todas las provincias*, cuyo contenido no indico porque es bien conocido en el país. Daniel Arrese tuvo siempre á vanagloria, y como legítima satisfaccion, el trabajo de su hermano, y por eso al honrar hoy su memoria, cito este recuerdo.

Sus campañas de catedrático en la Universidad de Vitoria, el constante empeño de sus amigos, y el haber constituido ya una familia, decidieron á Arrese á conquistar una catedra universitaria oficial. Presentóse como opositor á la vacante de Lengua hebrea de la Central en 1875, y un solo voto le faltó para obtenerla; evidente prueba de lo que afirmo atrás, respecto al valer de nuestro paisano. En 1876 disputó la de Lengua árabe de Sevilla y salió victorioso.

Dedicado allí, en absoluto, al cuidado de su cátedra y de su familia, lejos de Vitoria, no por eso abandonó el recuerdo de su país, de cuyos sucesos y vicisitudes estuvo constantemente enterado. En las vacaciones de algunos cursos volvió á visitarlo, evocando entre sus paisanos tantos y tantos recuerdos, tantas y tantas amistades, al ser recibido siempre por ellos con los brazos abiertos. En Sevilla escribió y publicó un notable trabajo acerca de las lenguas semíticas, y al mismo tiempo que con creciente autoridad enseñaba á la juventud el habla y la literatura de los que alzaron la Giralda, estudiaba todos los monumentos de la capital de Andalucía, cuyos detalles artísticos llegó á conocer como pocos.

Cuando, de paso para Huelva y las minas de Riotinto, llegué á aquella hermosa ciudad hace año y medio, mientras mis numerosos compañeros de expedicion fueron ansiosos á contemplar la Catedral, el Alcazar, la casa de Pilatos y las alamedas del Guadalquivir, yo, más ansioso aún, volé á la calle lejana en que habia un vitoriano, á la casa de Arrese, que me recibió con su esposa, con sus hermosos hijos y con su madre política, como á un hermano. Con pena ví que la afonía y el desaliento tenían postrada aquella antes poderosa naturaleza. Animámosle todos á que volviera á Vitoria en estos veranos y nos contestó con triste sonrisa:

—¡A donde yo iré pronto será á San Fernando!!

Este es el nombre del cementerio en que reposan los restos de aquel hombre de bien, de aquel maestro insigne, de aquel amigo del alma, cuyo nombre se repetirá siempre en Vitoria con simpatía y con orgullo.

He cumplido con mi deber. Cuando hace veinte años se doctoró en Vitoria, al elogiar en mi Epístola sus brillantes cualidades le decia:

«Lo que de tí, sin miramiento digo,

Ayer lo dije, y lo diré mañana,

Esté ausente de ti ó esté contigo.»

Con su recuerdo en mi corazon conservo su retrato, que hice al lápiz, en el camino del Batan, en aquellas tardes en que tantas veces paseábamos Manteli, Cristóbal Vidal, Herran, él y yo, y en que leíamos, tumbados sobre la yerba, á la vista de nuestra ciudad muy amada, el prólogo de *Aránzazu*, escrito mientras tomábamos café, ó alguna de mis *Historias increíbles*.

Volverán á Vitoria, á vivir entre los suyos, su excelente y desconsolada esposa y sus tiernos hijos, y aunque no encuentren allí los despojos del que tanto amaron, hallarán un pueblo agradecido que honrará siempre su memoria.

RICARDO BECERRO DE BENGOA.

Madrid, 15 de Setiembre de 1891.

